

## Palabras introductivas

El tema de la liturgia, el del culto divino público, contiene en sí mismo la verdad fundamental sobre el verdadero fin de toda la creación. Toda la creación fue creada por Dios Creador con el fin primordial de glorificarlo mediante el acto religioso más excelente: la adoración. El mundo fue creado para la gloria de Dios (cf. Concilio Vaticano I, *Dei Filius*, can. 5). San Buenaventura explica que Dios creó todas las cosas no para aumentar su gloria, sino para manifestarla y comunicarla a las criaturas (cf. *In II Sent.* I, 2, 2, 1).

El objetivo principal de la Santa Misa es la adoración de Dios, y no el sentimiento de pertenencia a una comunidad. La revelación divina nos enseña que la adoración significa reconocer que Dios es Dios y que nosotros somos criaturas. Esta es la actitud fundamental de la adoración tal y como la enseñan la revelación divina y la Sagrada Escritura, ya que la tentación más peligrosa para la criatura es convertirse en dios, sustituir a Dios por sí misma. Tal fue el pecado de los ángeles caídos, que pecaron antes que el hombre. Satanás rechazó el acto de adoración a Dios, al que es *solus Sanctus, solus Dominus, solus Altissimus*, como proclamamos en el *Gloria* de la Santa Misa. Santo Tomás de Aquino afirma: «Así ocurre con los pecados contra Dios; (...) entre ellos hay uno de suma gravedad, que consiste en rendir honores divinos a una criatura» (*Summa theologiae*, II-II, q. 94, art. 3).

La adoración es la primera actitud del hombre que se reconoce como criatura ante su Creador. Santo Tomás explica que el culto o la adoración comprende tanto actos internos como externos, debido a nuestra doble naturaleza: «Como dice San Juan Damasceno (De Fide Orth. 4, 12), «Porque estamos compuestos de dos naturalezas, intelectual y sensible, ofrecemos a Dios una doble adoración». Una es espiritual y consiste en la íntima devoción del espíritu; la otra es corporal porque consiste en la humillación exterior del cuerpo. Dado que, en todos los actos religiosos, lo exterior es relativo a lo interior, como lo que está en el principio, la adoración exterior se realiza con vistas a la adoración interior. Los signos de humildad que presenta el cuerpo estimulan nuestro corazón a someterse a Dios, ya que lo sensible es para nosotros el medio natural de acceder a lo inteligible» (*Summa theologiae*, II-II, q. 84, art. 2).

Leemos en el libro del profeta Isaías (VI, 1-4): «El año de la muerte del rey Uzías, vi al Señor sentado en un trono sublime y elevado, y el bajo de sus vestiduras llenaba el templo. Los serafines estaban de pie sobre el trono; cada uno tenía seis alas: dos con las que cubrían su rostro, dos con las que cubrían sus pies y dos con las que volaban. Gritaban unos a otros y decían: «Santo,

santo, santo es el Señor, Dios de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria. Los umbrales de las puertas se estremecieron con el estruendo de la voz (de los ángeles), y la casa se llenó de humo».

El acto exterior de adoración expresa también la humildad de la criatura. Profesa su total dependencia de Dios. Santo Tomás lo expresa así: «La adoración exterior se hace con vistas a la adoración interior. Los signos de humildad que presenta el cuerpo estimulan nuestro corazón a someterse a Dios. » Del mismo modo, santo Tomás explica el significado espiritual del acto de genuflexión: «Así, al doblar la rodilla expresamos nuestra debilidad ante Dios; postrados, protestamos que nosotros mismos no somos nada» (*Summa theologiae*, II-II, q. 84, art. 2, ad 2).

El filósofo católico Dietrich von Hildebrand, «el doctor de la Iglesia del siglo XX», como lo llamaba familiarmente el papa Pío XII, afirmaba: «Toda la liturgia está impregnada del temor reverencial ante la *majestas Domini*, la clara conciencia de su soberanía absoluta y el reconocimiento de que todo proviene de él. Y, sin embargo, aquí no hay lugar para la más mínima nota jansenista o calvinista de distancia con respecto a Dios, de aplastamiento ante su grandeza o de desprecio destructivo hacia nosotros mismos. Es el espíritu, muy al contrario, el que preside el versículo «*Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam*» —Me acercaré al altar de Dios, de Dios que alegra mi juventud. (...) ¡Vean la intensidad de este espíritu de temor y respeto en los prefacios y en el Sanctus! Un temor ligado al mismo tiempo a la conciencia de que somos hijos de Dios» (*Liturgie et personnalité*, Ginebra, Ad Solem, 2008, 64).

El fruto de la adoración es un silencio interior. En la liturgia es indispensable mirar con los ojos y con el corazón, amando a Dios. Por eso nuestra felicidad eterna se llamará visión beatífica [*visio beatifica*], y no pensamiento beatífico [*cogitatio beatifica*]. Evidentemente, esto también nos es dado en la forma extraordinaria del rito romano, con ese silencio que envuelve los momentos de la consagración. Nuestros hermanos ortodoxos y greco-católicos tienen gestos de adoración muy significativos: se inclinan profundamente, o incluso se arrodillan y tocan el suelo con la cabeza. Todo está impregnado de una exquisita expresividad.

La reforma litúrgica ha reducido, lamentablemente, de forma drástica el número de estos gestos visibles de adoración. La Iglesia tiene una rica historia de dos mil años, mientras que solo conocemos el Nuevo Orden desde hace unos cincuenta años. Por lo general, las crisis en la Iglesia han durado unos setenta años, como el exilio de Babilonia en el Antiguo Testamento o el exilio de Aviñón en Francia en el siglo XIV. Actualmente estamos atravesando un tiempo de exilio litúrgico. La Divina Providencia intervendrá seguramente, concediéndonos una jerarquía que sepa reparar la liturgia según el *sensus perennis* de la tradición de la Iglesia. El nuevo rito se acercará entonces cada vez más a la forma litúrgica tradicional de la Iglesia, aproximándose a la forma tradicional de

la misa. No habrá mezcla, pero las dos formas serán muy similares. Quizás no lo veamos en nuestra vida, pero veremos la liturgia eterna, que sin duda será aún más hermosa.

El beato Ildefonso Schuster, cardenal arzobispo de Milán (+1954), observaba: «El espíritu eclesial, especialmente en el ámbito de la liturgia, que para los fieles forma parte de su catecismo, aborrece ese prurito de novedad que tanto agrada al mundo. Ante cualquier síntoma de innovación, las almas sencillas y piadosas se perturban, como si se derrumbara el edificio de su fe, fortificado por el muro de la tradición secular. Rezar a Dios con las mismas fórmulas compuestas por los Padres, recitar los mismos cantos que les reconfortaron en sus dolores y luchas por la Iglesia, significa entrar más íntimamente en su piedad, ser solidarios con sus esperanzas y sus ideales» (*Liber Sacramentorum*, tomo III (II Domingo de Cuaresma), Bruselas, 100).

Los ritos litúrgicos deben expresar siempre este aspecto de la creación, es decir, el orden y la belleza, que a su vez transmiten armonía y paz. Los ritos litúrgicos irradian auténticamente paz, armonía y belleza. En los escritos del beato Iván Merz podemos leer: «Las oraciones y los gestos de la liturgia, sus melodías y sus perfumes, son la proyección del Cielo en la tierra y una instantánea de la vida interior de Dios» (cf. [www.vatican.va/news\\_services/liturgy/saints/ns\\_lit\\_doc\\_20030622\\_merz\\_en.html](http://www.vatican.va/news_services/liturgy/saints/ns_lit_doc_20030622_merz_en.html)).

El cardenal Giovanni Bona, un eminente erudito litúrgico del siglo XVII, afirmaba: «Las ceremonias no contienen en sí mismas ninguna perfección, ninguna santidad, pero son actos externos de religión y, por su significado, estimulan el alma a la veneración de lo sagrado, elevan el espíritu a las realidades sobrenaturales, alimentan la piedad, fomentan la caridad, aumentan la fe, fortalecen la devoción, instruyen a las almas sencillas, adornan el culto a Dios, conservan la religión y distinguen a los verdaderos cristianos de los falsos y los heterodoxos» (*De divina psalmodia*, c. 19, párr. 3, 1). En una época en la que lo sagrado y lo profano se mezclaban fácilmente, como en la época de los papas del Renacimiento, el cardenal Egidio da Viterbo pronunció estas memorables palabras con motivo de la oración inaugural del quinto concilio de Letrán en 1512: «Son los hombres los que deben ser transformados por las cosas sagradas, y no las cosas sagradas por los hombres» (*homines per sacra immutari fas est, non sacra per homines*).

A través de sus ritos, la Santa Misa expresa estabilidad y continuidad. Dietrich von Hildebrand observó acertadamente: «La liturgia, más que cualquier otra cosa, está impregnada del espíritu de continuidad y permite a quienes viven en ella participar en ella. (...) Las frecuentes repeticiones que se encuentran en la liturgia, y que algunos consideran inútiles y pesadas, dan precisamente testimonio de la continuidad. (...) Con la liturgia, nos sumergimos en el mundo de la eternidad, un mundo en el que no hay lugar para las novedades ordinarias o sensacionales. El

esplendor inalterable de la belleza y la santidad eternas de Dios, la dulzura eternamente nueva del hombre-Dios son siempre igualmente oportunas, siempre igualmente pertinentes» (*Liturgie et personnalité*, 140-141).

Que estas luminosas palabras del P. Nicholas Gihl nos animen a redescubrir la centralidad de la adoración de Dios en la liturgia y a restaurarla con la mayor dignidad posible: «El sacrificio eucarístico es, como acabamos de demostrar, la acción más santa y sublime de la religión cristiana, el culto divino por excelencia; es el sol, el corazón de la vida sobrenatural de la gracia, la fuente de toda perfección y santidad; es el bien supremo, el mayor tesoro, la riqueza más preciosa de la Iglesia: por lo tanto, debemos esperar que esta gloriosa Esposa de Jesucristo emplee todos sus cuidados, toda su solicitud, para celebrarlo de la manera más digna posible. Jesucristo instituyó solo la sustancia, el acto esencial del sacrificio; dejó a su Iglesia, ayudada y dirigida por el Espíritu Santo, la tarea de desarrollar, de revestir de alguna manera la acción tan simple como eficaz de la consagración. Los ritos sublimes, tan propicios para elevar nuestra alma, con los que esta Iglesia, dotada de la omnipotencia de Jesucristo y con su asistencia, ha rodeado el sacrificio, no son un simple producto humano: son una obra maestra creada con la ayuda de Dios, una construcción sagrada, tan bella, tan armoniosa, tan admirable, tan perfecta en su conjunto como en sus diversas partes, que no se puede ignorar la mano invisible que ha participado en su diseño y ejecución. » (*El santo sacrificio de la Misa, su explicación dogmática, litúrgica y ascética*, 2.<sup>a</sup> edición revisada, París, Éd. Lethielleux, 1900-1901, traducida por el abad L.-Th. Moccand, 249).

El presente volumen de las actas del Coloquio del Centro Internacional de Estudios Litúrgicos del año 2025, editado por Rubén Peretó Rivas, con el elocuente título « El cielo en la tierra », contiene contribuciones extremadamente valiosas de expertos litúrgicos que aportan una contribución significativa y eficaz al objetivo principal de la verdadera renovación de la vida litúrgica de la Iglesia en nuestra época, que consiste en lo que indicó el Concilio Vaticano II, a saber, manifestar «el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia. ... Pero de tal manera que en ella lo humano esté ordenado y sometido a lo divino; lo visible a lo invisible; lo que pertenece a la acción a la contemplación; y lo presente a la ciudad futura que buscamos (cf. He 13, 14). Así, como la liturgia edifica cada día a los que están dentro para convertirlos en templo santo en el Señor, morada de Dios en el Espíritu (cf. Ef 2, 21-22), hasta alcanzar la estatura de la plenitud de Cristo (ibíd., 4, 13)» (*Sacrosanctum Concilium*, 2).

Recomiendo encarecidamente la lectura de estas valiosas contribuciones a la liturgia sagrada. Que sirvan no solo para transmitir a los lectores una verdadera comprensión de la naturaleza de la liturgia y un amor por ella, sino que también encuentren eco entre los pastores de la

Iglesia, y en primer lugar entre el Pastor supremo de la Iglesia, el Sumo Pontífice, para que se pueda llevar a cabo la tan deseada y urgente obra de restauración de la liturgia de la Santa Misa en su dignidad y belleza, de acuerdo con el *perennis sensus ecclesiae*.

14 de septiembre de 2025, Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz  
+ Athanasius Schneider, obispo auxiliar de la archidiócesis de Santa María en Astana